

«UN SEÑOR QUE LLEGÓ DEL BRASIL».
AMÉRICO CASTRO Y LA REALIDAD
HISTÓRICA DE AMÉRICA

POR

SALVADOR BERNABÉU ALBERT
Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC

Américo Castro (Cantagalo, Brasil, 1885-Playa de Aro, Gerona, 1974), autor de una de las más importantes interpretaciones de la Historia de España, fue el fundador de la sección de estudios hispanoamericanos del Centro de Estudios Históricos e impulsó la creación de la revista «Tierra Firme», que se editó entre 1935 y 1938, antecedente de la «Revista de Indias». En este trabajo se estudian los aspectos americanistas de su obra y se analizan los principales episodios de su acción política, de sus periplos americanos y de su exilio en varias universidades norteamericanas.

PALABRAS CLAVES: *Américo Castro, americanismo, historiografía, biografía, exilio, hispanismo, Centro de Estudios Históricos.*

1. INTRODUCCIÓN¹.

En los próximos meses, el Centro de Estudios Históricos abandonará su sede de la calle Medinaceli y será trasladado a un nuevo edificio situado en el extrarradio de Madrid. Otros centros le han precedido en este peregrinaje académico tanto dentro como fuera de España. No será, por tanto, cabecera de ningún periódico. Hace años, el genial Antonio Mingote, con ocasión del incendio que sufrió el centro, dibujó una viñeta en la que un hombre le señalaba a su pareja: «Temían que hubiera habido grandes pérdidas, pero ha resultado que sólo eran libros». Pues eso, para algunos funcionarios será solo un cambio de libros, pero, sin duda, para muchos historiadores, ese traslado —por más que sea necesario— cerrará un

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Congreso Internacional «La cultura del exilio republicano español de 1939» (1999) con el título: «Américo Castro y el descubrimiento de América». El texto ha sido revisado y ampliado con nuevas notas, reflexiones y apartados. Se enmarca en el proyecto de investigación BHA 2000-1334 del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

capítulo único de la cultura española del siglo veinte. Con este motivo, y como homenaje a todos los que contribuyeron a sostener el edificio, académicos y no, he profundizado en las ideas y en las circunstancias históricas del creador del departamento de Historia de América, el genial y polémico Américo Castro, «un señor que llegó del Brasil» para cambiar la visión de la historia de España.

En justicia, no fue el primero que se interesó por América en el Centro de Estudios Históricos. El protagonismo lo tiene otra figura excepcional: Rafael Altamira, pero fue don Américo quien concretó las inquietudes académicas del centro e impulsó su identidad (una sección diferenciada) como respuesta a las numerosas iniciativas que se estaban materializando con las naciones iberoamericanas en los primeros años de la República². Mi interés por Castro tiene, además, otra raíz. En 1984, mientras preparaba mi tesis de licenciatura sobre el IV Centenario del Descubrimiento de América, leí y guardé un artículo de Carmen Castro titulado «Américo Castro en Iberoamérica»³. En él, la hija del gran hispanista recordaba cómo don Américo la llevó a conocer la plaza de las Tres Culturas de México, añadiendo que: «Américo Castro era un hispanista distinto». Un redactor anónimo encabezó el artículo de Carmen con una nota en la que señalaba que la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América estaba en marcha, hazaña extraordinaria cuya leyenda negra: «tanto molestó al egregio historiador, que, a su vez, tanto se preocupó por deshacerla con escritos y hallazgos incuestionables». Este «recorte» de prensa fue mi primer contacto con la figura de un hombre y una obra que, superando centenarios y polémicas, siguen dando muestras de gran vitalidad, como demuestra la edición de su *Obra reunida*⁴ y la traducción al árabe de su influyente *España en su historia*. Mi interés por Castro aumentó al conocer el decisivo papel de don Américo en la fundación de la sección de estudios hispanoamericanos del Centro de Estudios Históricos y en la creación de la revista *Tierra Firme*, que se editó entre 1935 y 1938, antecedente de la *Revista de Indias*. Por todo ello, y antes de que aparezcan los camiones de la mudanza, entrego este artículo. Sé, por experiencia, que en todo traslado se pierde algo.

² Teresa R. DE LECEA, «La enseñanza de la Historia en el Centro de Estudios Históricos: Hinojosa y Altamira», José Manuel SÁNCHEZ RON (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, vol. II, pp. 519-534. Sobre las actividades generales del centro y sus logros, véase Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA, «El Centro de Estudios Históricos: un lugar en la memoria», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 34-35, 1999, pp. 27-48.

³ Carmen CASTRO, «Américo Castro en Iberoamérica», *Ya*, 10 de noviembre de 1984, p. 37.

⁴ Américo CASTRO, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, prólogo de Julio Rodríguez-Puértolas y edición al cuidado de José Miranda, Madrid, Trotta, 2002. Se trata del primero de seis volúmenes que se publicarán en los próximos meses.

2. AMERICANISTAS AL MARGEN

Sostiene Américo Castro que fue en América donde encontró la solución al problema de España. El 5 de julio de 1972, veinte días antes de su fallecimiento, Castro escribió al novelista y ensayista Juan Goytisolo desde Lloret de Mar (Gerona): «Ocurre, con todo, que debo a circunstancias americanas haber cambiado el rumbo de mis ideas sobre el sentido de ser español, un problema tan objetivo como el de enterarse que poseemos secreciones internas, de cuya existencia no tenía yo —ni nadie aquí— la menor noticia»⁵. Investigadores tan próximos a su vida y obra como Juan Marichal insisten en esta circunstancia: «Pero en 1939, una mañana en la llanura tejana, tuvo Américo Castro una especie de visión iluminadora, semejante en sus efectos intelectuales a una conversión religiosa o ideológica: ‘La historia de España no podía ser entendida dentro del marco de la Europa occidental’»⁶. La cita pertenece al artículo «El pensamiento español transferrado (1939-1979)», y en otro pasaje del mismo, Marichal vuelve a ratificar su idea de una supuesta revelación: «Podría así decirse que Américo Castro *descubre*, en tierras de América, la unidad interna de la historia española, un todo, para él, desgraciadamente irrompible»⁷.

Sin embargo, el propio Marichal, ha matizado esta revelación o *descubrimiento* en otro trabajo titulado: «La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica», donde este gran ensayista canario, coincidiendo con otros estudiosos castristas, señala: «Ha de afirmarse ante todo que en el proceso ideológico de Américo Castro no ha habido, pese a las apariencias contrarias, y pese a lo que él mismo parece dar a entender, un corte o rompimiento entre sus trabajos posteriores a 1936 y su obra anterior»⁸. Para Marichal solo se habría producido: «una intensa acentuación de ciertas ideas anteriores a 1936», y una reunión y reorientación de todas sus energías, antes dedicadas a

⁵ Carta de Américo Castro a Juan Goytisolo, Lloret de Mar, 5 de julio de 1972, en Javier ESCUDERO (ed.) *El epistolario (1968-1972)*. *Cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo*, Valencia, Pre-Textos, 1997, pp. 135-136.

⁶ La cita pertenece al artículo «El pensamiento español transferrado (1939-1979)», publicado originalmente en *Nuevos Cuadernos de la Magdalena*, Madrid, Universidad Menéndez Pelayo, 1981; y posteriormente incluido en el libro de Juan MARICHAL, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 216.

⁷ *Ibidem*, p. 218. Carmen de Zulueta, exiliada junto a su familia primero en Colombia y después en los Estados Unidos, recoge en sus amenas memorias: «En 1954 apareció en México, editado por Porrúa Hermanos, el libro más importante, un libro de Historia titulado *La realidad histórica de España*. Antes de escribir este libro Américo Castro tuvo una visión. Yo lo compararía a un San Juan de la Cruz laico, si esa comparación es posible. De repente, Castro vislumbró algo nunca vislumbrado: la historia de España se había concebido de una manera absurda. Había que volverla a escribir». Carmen de ZULUETA, *Compañeros de paseos*, Sevilla, Renacimiento, 2001, p. 31.

⁸ Juan MARICHAL, «La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica», MARICHAL [6], p. 181.

diversas actividades sociales y políticas, públicas y privadas, hacia una empresa historiográfica que le ocuparía el resto de su existencia. La supuesta ruptura queda, por tanto, matizada por una profundización de ciertos temas y una concentración voluntaria o involuntaria de trabajos intelectuales. Esta aparente discordancia puede superarse si adoptamos una perspectiva amplia. Efectivamente, Castro sintió una profunda desazón con la guerra civil española (1936-1939) y el exilio, como la experimentaron otros componentes de la generación del 14, su generación, y eso, unido al magnífico ambiente intelectual de su estancia en Princeton (New Jersey, EEUU), al estímulo del encuentro con otros profesionales y visiones culturales, a las facilidades de trabajo y, sin duda, a la concentración en su labor historiográfica (España quedaba cada día más lejos), le impulsaron a redactar su obra más importante y decisiva: *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (Buenos Aires, Losada, 1948). Sin embargo, cada una de las principales cuestiones del libro tiene su antecedente en los múltiples y más desconocidos escritos (libros, artículos, conferencias, cartas y prólogos) anteriores al exilio. América potencia en don Américo ciertos temas e interpretaciones, pero no surgen de cero.

Eso ocurre con uno de los aspectos menos conocidos de la labor intelectual de don Américo: el americanismo. Los estudiosos de su obra, sus discípulos y admiradores —también, por supuesto, sus detractores— han elaborado una extensa bibliografía, pero sus ideas sobre América, tanto del Norte como del Sur, su labor de promotor de las relaciones entre España y el Nuevo Mundo y su papel de fundador de instituciones de gran relevancia, como el Instituto de Filología de Buenos Aires (1923) o la sección hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos (1933), son cuestiones que no han sido estudiadas en profundidad. Además, se conocen poco sus actividades en América antes y durante su exilio, amén de la recepción y las lecturas «americanas» de su obra. Cuestiones tan importante como el que apareciese en Argentina su *España en la historia* (1948), en la editorial de Gonzalo Losada, y sus posteriores revisiones en la mexicana Porrúa (*La realidad histórica de España*, editada en 1954, 1962 y 1965⁹) no hacen sino demostrar la importancia de completar y profundizar en su biografía, un trabajo pendiente que serviría para contextualizar y entender sus ideas. Pero, además, sus clases en las universidades americanas y sus giras culturales tampoco son muy

⁹ Esta tercera revisión está firmada en la Universidad de San Diego, en La Jolla, en junio de 1965, lugar que se convertiría en otro de los hogares estadounidenses de don Américo, y en donde dejaría buena parte de su magnífica biblioteca. Su peregrinaje físico estuvo unido al descubrimiento histórico de la presencia hispana en el continente, y así alude en el prólogo de 1962 a las misiones de la frontera norteamericana: «Los niños españoles debían ser iniciados en el conocimiento de su patria ante un mapamundi, ante la imagen —en libros, en proyecciones— de las ciudades monumentales en las Indias (La Habana, México, el Cuzco, San Agustín de Florida, las misiones de Texas y California, y cien cosas más)». Recuérdese que San Diego (California) fue fundada por el mallorquín fray Junípero Serra en 1769. Américo CASTRO, *La realidad histórica de España*, México, Editorial Porrúa, 1965, p. XXVI.

conocidas a pesar de los numerosos homenajes y artículos laudatorios que han escrito alumnos y compañeros de ambas orillas del Atlántico¹⁰.

Una de las causas es el poderoso imán de sus estudios literarios, de su visión trinitaria de la Historia de España, capaz de movilizar a cientos de escritores a favor o en contra. Otra, la dificultad de estudiar su obra americanista, recogida, antes de la guerra civil, en numerosos artículos repartidos en una docena de periódicos y revistas del Viejo y el Nuevo Mundo, y en una intensa vida cultural y política. Y ya en el exilio, desarrollada en varios libros y artículos, donde rehace sus ideas cada nueva edición, obligando al investigador a multiplicar sus búsquedas y lecturas, atentas a descubrir el cambio y a contextualizarlo. Además, aunque el tema español siempre le domine, le envuelva, su *España en su historia*, «verdadera cima de la historiografía moderna hispánica» —Marichal *dixit*—, sólo se puede entender en su «circunstancia americana», en «su exilio». Pero antes de que esta obra apareciese, ya en las traumáticas circunstancias del refugiado, Castro publicó dos obras en donde recoge buena parte de sus ideas sobre América: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, en 1941 (editada en Losada, al igual que *España en su historia*, pero siete años antes), e *Iberoamérica. Su presente y su pasado*, primer libro de su exilio norteamericano (1941), que sería revisado en 1946 y 1954. Este último libro, poco citado por los historiadores, fue el semillero de una generación de hispanistas norteamericanos que aprendieron castellano al mismo tiempo que don Américo profundizaba en las complejidades del «carácter hispánico» y aislaba, como un doctor con el bisturí, las «peculiaridades iberoamericanas». En este libro, que varias generaciones de norteamericanos emplearon como texto escolar, uno de los pensadores más brillantes de la España de su tiempo calificaba a los iberoamericanos de «gentes bastante raras», pues: «son espontáneamente de una manera, y necesitan vivir de otra. De ahí proviene el estar en contradicción consigo mismos, y también sus sentimientos a la vez de superioridad y de inferioridad»¹¹. Sirva esta cita para demostrar que las reflexiones castristas sobre el ser de España tuvieron su prolongación (convivencia) con las preocupaciones por el «ser de Iberoamérica», pues don Américo sostenía, sin ambages, que ambas participaban de una «unidad esencial».

3. LOS TRABAJOS DE «UN HOMBRE CIVIL»

Salvador de Madariaga escribió en su obra *Españoles de mi tiempo* (1974) que: «En la Historia de España sólo cuentan dos Américos: el que descubrió el

¹⁰ De estos libros de homenaje, destacaré dos: Juan MARICHAL (selección y notas), *Semblanzas y estudios españoles. Homenaje ofrecido a don Américo Castro por sus exalumnos de Princeton University*, Madrid, Insula, 1956; y Pedro LAÍN ENTRALGO (dirección y prólogo), *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971.

¹¹ Américo CASTRO: *Iberoamérica. Su presente y su pasado*, revised edition, New York, The Dryden Press, 1946, p. 51.

continente americano, cuya existencia no sospechó Colón, y el que descubrió las tres castas»¹². De éste último nos ocuparemos a continuación, pues, como señalé anteriormente, su biografía es bastante desconocida, al igual que su obra americanista y su origen sudamericano. Américo Castro nació en Brasil, concretamente en Cantagalo, pequeña población del noreste del estado de Río de Janeiro, el año 1885. Sus padres, Antonio Castro y Carmen Quesada, regresaron a España cuando sólo tenía cinco años de edad, instalándose en la ciudad de Granada, en donde el joven Castro realizó sus estudios, incluidos los superiores, en una universidad de la que no guardaba buen recuerdo. Nada sabemos sobre las causas que llevaron a sus padres al Brasil, ni sobre el rápido regreso. Tampoco hay explicación al bautizo de un niño con el nombre de Américo, nada frecuente en la España de entonces y de ahora, y que quizás se puso en honor del cosmógrafo y viajero florentino al que se le debe el nombre del Nuevo Mundo¹³. Sus alumnos y discípulos lo llamaron don Américo; y él mismo firmaba sus trabajos como Américo Castro, ocultando sistemáticamente su apellido materno: Quesada.

Fue en Granada donde el joven Américo vivió las consecuencias del Desastre de 1898 cuando apenas contaba con trece años de edad: «Asistíamos con indecible angustia a aquella fantástica liquidación del patrimonio hispano ... a los chicos de doce a catorce años nos parecía aquella separación de América la mayor de las desdichas»¹⁴. Si es cierto, ésta sería la primera «angustia» de don Américo, adelantándose a la provocada por otros acontecimientos posteriores (la dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la IIª República, la Guerra Civil, el exilio) que tanto influirían en nuestro historiador y, por supuesto, en su obra. En carta al escritor chileno Guillermo Araya volvió a recordar el 98: «Ya se ha citado, en algún libro, mi recuerdo de los soldados ‘repatriados’ que tiritaban de frío en Granada con sus trajes entonces llamados de *rayadillo*»¹⁵. Aparte de estos breves comentarios, poco sabemos de su estancia en Granada. Castro se quejaba del sistema educativo que le tocó en suerte, al que denunció por memorista y repetitivo. La escuela primaria era un «ensayo de deformación sistemática de la personalidad», y en cuanto al sistema universitario, lo califica de atrofiante y asfixiante: «Yo tuve un catedrático en la Facultad de Derecho de Granada que tenía un libro de texto; un día sí y otro nos **explicaba**, es decir, repetía en alta voz lo que decía el texto; al día

¹² Salvador de MADARIAGA, *Espanoles de mi tiempo*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 363.

¹³ José RUBIA BARCIA, «What's in a Name: Américo Castro (y Quesada)», José RUBIA BARCIA (ed.), *Américo Castro and the Meaning of Spanish Civilization*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1976, pp. 3-22.

¹⁴ La cita, perteneciente al artículo de Américo CASTRO, «Las polémicas sobre España» (*La Nación*, Buenos Aires, 26 de febrero de 1925), ha sido recogida por Juan MARICHAL en «Américo Castro y la Institución», *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, Universidad Complutense, 1987, p. 153.

¹⁵ La carta está fechada el 11 de agosto de 1969. La cita se encuentra en la introducción del libro de Guillermo ARAYA, *El pensamiento de Américo Castro*, Madrid, Alianza Editorial, 1963, pp. 10-11.

siguiente repetían los alumnos la misma cosa: el texto reforzado por la repetición del maestro. Y a este ejercicio de cretinos estuvimos dedicados durante dos cursos, porque había que estudiar aquello durante dos años»¹⁶.

Tras licenciarse en Derecho y Letras en 1904, Castro abandonó Granada y se trasladó a París, donde estudió en la Universidad de la Sorbona entre 1905 y 1908. A su regreso a España, se instaló en Madrid, donde se relacionó con Ramón Menéndez Pidal y, a través de él, con los profesores y alumnos de la Institución Libre de Enseñanza. Hombres como Francisco Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío fueron decisivos en su formación intelectual. El propio Castro escribió de su maestro en 1937: «La vida recatada de Giner, arisca al encomio y olvidada de la popularidad, era así porque para nada necesitaba de los demás sino en la medida que le eran precisos para su plástica espiritual y excelsa»¹⁷. Francisco Giner (1839-1915), con quien Américo conversó y recorrió los montes castellanos —tan caros a los institucionistas—, fue el causante de que nuestro brasileño-granadino perdiese su tonillo sureño («¿cuándo va usted a dejar ese tonillo del Albaicín?») y de que adoptase algunas de las señas institucionistas, como el amor al alpinismo, al campo, a la historia del arte, a la cultura alemana y a un vivir y vestir con pulcritud y moderación. Y a una honestidad intelectual de la que siempre hizo gala: «Allí se aprendía a no ser pedante ni amanerado, a eludir la frase hecha. Un buen discípulo de Giner no citaría doctrinas ajenas sin señalar su procedencia, ni daría como suyos pensamientos de otro. [...] He descubierto su huella en los más remotos rincones de España, y aquí (Buenos Aires), y en Méjico, y en Camagüey»¹⁸.

Don Américo era un hombre peculiar, que no pasaba desapercibido ni en la Universidad Central, ni en el Centro de Estudios Históricos, las dos instituciones madrileñas en las que repartía su actividad docente e investigadora. En aquélla fue nombrado profesor auxiliar en la Facultad de Letras en 1913 y catedrático de Filología castellana en 1915, más tarde retitulada «Historia de la lengua castellana». Sus alumnos entonaban, con la música del conocido *himno de Riego*, la siguiente coplilla: «Don Américo Castro y Quesada/ un señor que nació en el Brasil,/ pero luego se vino a Granada,/ a estudiar el derecho civil./ *Institución* o *muerte*,/ es siempre su divisa,/ y no va nunca a misa/ porque es un hombre civil». En el Centro de Estudios Históricos, fundado en 1910 —Ramón Menéndez Pidal era su presidente y Tomás Navarro Tomás su secretario—, fue encargado de la

¹⁶ Américo CASTRO, *La enseñanza del español en España*, Madrid, Librería General Victoriano Suarez, 1959 (1ª edición, 1922), p. 65.

¹⁷ Américo CASTRO, «Francisco Giner (1839-1915)», *Espanoles al margen*, Madrid, Ediciones Júcar, 1973, p. 92. El artículo fue originalmente publicado en *La Nación* de Buenos Aires, el 6 de junio de 1937.

¹⁸ *Ibidem*, p. 91.

subsección de lexicografía desde 1910¹⁹, un año antes de obtener (octubre de 1911) el doctorado con la tesis titulada *Contribución al estudio del dialecto leonés en Zamora*. Don Américo era profesor exigente, estimulante, creativo y muy popular. Serio, con barba negra, cartera y pulcra vestimenta, iniciaba sus clases con un: *resulta que*. Su capacidad de trabajo era famosa, pero también su tendencia a la importunidad y a la polémica. Moreno Villa, por ejemplo, escribió en su autobiografía *Vida en claro*: «Américo era hombre difícil y hasta antipático para muchos. Tenía el fanatismo y el espíritu de clan del semita. También su tesón, su infatigable perseverancia. Gozaba creando conflictos, defendía casi siempre causas justas, pero de modo impertinente o en una ocasión importuna»²⁰.

Don Américo fue un hombre muy comprometido con su tiempo. Fue miembro del Partido Reformista y de la Liga para la Educación Política. Su vocación liberal y aliadófila durante la Gran Guerra le llevaron a firmar numerosos manifiestos, como ha estudiado Javier Varela recientemente: Liga Antigermanófila (1917), Unión Democrática Española (1918), Liga Española de los Derechos del Hombre (1922), Liga Laica (1930), etcétera²¹. Además de estas actividades, fue nombrado embajador en Alemania (1931)²² y realizó una importante labor en la Junta de Relaciones Culturales (Ministerio de Estado) desde su creación en 1921, la que inspiró mediante una nota al ministro González Hontoria en la que exponía «el problema de la difusión de la cultura hispánica en el extranjero». Castro cimentó la propagación de lo hispánico por el mundo sobre la base de los periplos culturales de destacados escritores y profesores universitarios, unas misiones culturales y laicas que recorrerían el planeta como antaño los descubridores y los misioneros: «El Hispano Americanismo ha servido para fáciles declamaciones; pero lo cierto es que de nada ha servido todo ello en tanto que no han ido a América españoles de primera clase que han demostrado a aquellos pueblos que algo se hacía aquí y que podíamos enseñarles, tan bien como los alemanes o los fran-

¹⁹ Formaba parte de la sección de Filología, la más importante del Centro de Estudios Históricos, a su vez integrada en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, conocida como la JAE. Compañeros de Castro en el Centro de Estudios Históricos fueron, entre otros, Federico de Onís, Solalinde, Amado Alonso, Rafael Lapesa, Agustín Millares, Gili Gaya, Fernández Montesinos, García de Diego, Emilio Alarcos, Dámaso Alonso y Antonio Tovar. La sección era responsable de la prestigiosa *Revista de Filología Española*.

²⁰ José MORENO VILLA, *Vida en claro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 99. También Salvador de Madariaga escribió que Castro era irascible, suspicaz, apasionado, extremado y extremista: «agudo, penetrante y original para empezar; luego, extremista, exagerado e intransigente; y por último despectivo para quienes no opinan como él y hasta acusador e inquisidor de las sin duda pésimas intenciones de tales herejes cuando se niegan a reconocer cosa tan evidente». MADARIAGA [12], p. 370. Sobre la «mala» fama de Castro entre sus alumnos universitarios, véase ZULUETA [7], p. 26.

²¹ Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999, p. 262.

²² Jesús de la HERA MARTÍNEZ, *La política cultural de Alemania en España en el periodo de entreguerras*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 165-177.

ceses que invitaban a ir allá»²³. La iniciativa de Castro originó una oficina de Relaciones Culturales y, ya en la dictadura de Primo de Rivera, la famosa Junta de Relaciones Culturales (1926). Durante la República, la junta pasó de un órgano asesor a otro elaborador y ejecutor de la política de expansión cultural española (1931), en cuyos trabajos tuvo don Américo gran protagonismo y cuyas ideas fueron reconocidas con la creación de la sección de estudios hispanoamericanos del Centro de Estudios Históricos y con la edición, pronto truncada, de la revista *Tierra Firme*²⁴.

4. EL HORIZONTE AMERICANO

Antes de su exilio, don Américo tuvo conocimiento de la realidad americana gracias a los viajes que realizó como conferencista. En 1923 visitó por primera vez la Argentina, donde fue el director-fundador del Instituto de Filología, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cuyo director, Ricardo Rojas, había solicitado a Menéndez Pidal un hombre de su confianza. Don Américo amplió su periplo a Chile, país sobre el que guardaría una grata impresión. En Santiago disertó sobre la evolución de la lengua española, la Celestina, Lope de Vega y Cervantes²⁵. De Chile, ya en 1924, don Américo viajó a los Estados Unidos, donde fue contratado por la Columbia University como profesor visitante. En esta bella universidad dio un curso de literatura hispana. Allí trabajaba Federico de Onís, creador de la Casa Hispánica y fundador de la prestigiosa *Revista Hispánica Moderna*. De Nueva York, Castro regresó a España, dejando sin cumplir un contrato en Puerto Rico debido al famoso «affaire» Unamuno²⁶. Al parecer, el célebre catedrático de Salamanca había enviado una carta a Solalinde criticando con dureza el gobierno de Primo de Rivera. La parte más sustanciosa de la carta fue copiada y enviada a varias personas, entre ellas a Castro cuando todavía se encontraba en Buenos Aires. Este último la comentó con varios españoles nada simpatizantes con el dictador y, por indiscre-

²³ Citado en Antonio NIÑO RODRÍGUEZ, «Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)», Pedro PÉREZ HERRERO y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI/SINTESIS-OEI, 1993, pp. 15-48: 39.

²⁴ Véanse los trabajos de Antonio NIÑO, «La Segunda República y la expansión cultural en Hispanoamérica», *Hispania*, Vol. LII, núm. 181, 1992, pp. 629-653; y Nuria TABANERA GARCÍA, «Institucionalización y fracaso del proyecto republicano», PÉREZ y TABANERA [23], pp. 49-90.

²⁵ *Conferencias dadas en el salón de honor de la Universidad en 1923 por el profesor de filología de la Universidad Central de Madrid, don Américo Castro*, Santiago de Chile, Soc. Imprenta i Litografía Universo, 1924.

²⁶ Sobre la obra intelectual y los intercambios culturales propiciados por Federico de Onís entre España y Puerto Rico véase el libro coordinado por Consuelo NARANJO, M^a Dolores LUQUE y Miguel Angel PUIG-SAMPER, *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, CSIC-Universidad de Puerto Rico, 2002.

ción, el catalán Julio Noé la publicó en la revista *Nosotros*, editada en la capital argentina, con la firma de Miguel de Unamuno. Su aparición provocó el destierro del gran filósofo a la isla canaria de Fuerteventura. Castro fue de boca en boca y regresó a España lleno de angustia por la «carta maldita». Antes de abandonar Nueva York, publicó una misiva en el periódico *La Prensa* (4 de abril de 1924), en la que dio su versión de la «imprudencia»²⁷.

Durante el segundo viaje al continente americano, en 1928, Castro visitó México, invitado por el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Científico, Puerto Rico y Cuba; en estas dos últimas islas impartió cursos y conferencias. Amén de sus charlas, clases magistrales y encuentros culturales, su influencia en el Nuevo Mundo se acrecentó gracias a su labor periodística. Se inició en 1913, publicando el «Romancerillo del Plata» en la revista bonaerense *Nosotros*; en 1918 lo haría por primera vez en Estados Unidos, en la revista *Hispania*, que se imprimía en Palo Alto (California), con un trabajo sobre «La pasiva refleja en español», temas ambos muy relacionados con su profesión. Al año siguiente volvería a publicar en esta misma revista otro artículo titulado: «El movimiento científico en la España actual», en donde las cuestiones literarias se amplían con otros temas socio-políticos y culturales. Pero habría que esperar a sus dos viajes hispanoamericanos para que se iniciase una colaboración regular, primero en *La Nación* de Buenos Aires (a partir de 1924) y más tarde en el *Excelsior* de México (1929). Otros periódicos y revistas también contaron con la firma de Castro de forma esporádica o continua, destacando —ya durante su exilio— *El Nacional* de Caracas (1953). En este mismo año, don Américo confesó al poeta Jorge Guillén que volvía al periodismo para: «sacarme de mí mismo mis pequeños halos, a escribir sobre la vida —para mí ya breve—, [y] sobre los valores en forma lo más valorable para mí»²⁸.

Pero, sin duda, los proyectos más importantes antes del exilio fueron la dirección del Instituto de Filología (1923), en Buenos Aires, más tarde dirigido por Agustín Millares, Manuel de Montolú y Amado Alonso, y la creación de la sección de Estudios Hispanoamericanos (1933) en el Centro de Estudios Históricos²⁹. Sobre esta fundación existen pocos testimonios. Uno de los más interesantes es el de Manuel Ballesteros Gaibrois, en aquellos momentos becario, quien al evocar los comienzos del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» y de la *Revista de Indias*, ambos fundados tras la Guerra Civil, señaló:

²⁷ Sobre el contexto y la gravedad de este incidente, véase Genoveva GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 18-34.

²⁸ Carta de Américo Castro a Jorge Guillén, Princeton, 9 de diciembre de 1953, José Manuel BLECUA (ed.), *Jorge Guillén. Una carta, un poema, una variante*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1994, p. 33.

²⁹ La sección de Estudios Hispanoamericanos se creó a la par que la de Literatura Contemporánea, esta última dirigida por Pedro Salinas. Fueron las dos últimas secciones del Centro de Estudios Históricos, si exceptuamos el Instituto de Estudios Clásicos, que se organizó en 1935.

«En lo que toca al Americanismo, éste era la especialidad más joven de las que se integraban en el complejo de estudios de Medinaceli, 4. Fue Américo Castro —que se llamaba así por haber nacido en el Nuevo Continente— el que, aunque parezca un juego de palabras, se impuso la tarea de hacer algo sobre América en el seno de Centro de Estudios Históricos, y realizó una recluta entre aquéllos que podríamos hacer algo. Así constituyó un pequeño grupo de jóvenes, constituido por Silvio Zavala, que preparaba su *Encomienda Indiana*, por Angel Rosenblat (argentino de origen hebreo), Rodolfo Barón Castro, que preparaba un estudio sobre historia demográfica de El Salvador, su patria, Ramón Iglesias Parga, interesado por las crónicas de la Conquista, su esposa Raquel Lesteiro, y yo, que había sido pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para doctorarme en Alemania en Antropología Americana. Entre todos formábamos, con el entusiasta D. Américo, la redacción de una Revista que no tardó en aparecer, *Tierra Firme*, donde Rosenblat publicó sus estudios sobre los Otomacos y Taparitas, en un primer intento de conocer las fuentes para la demografía indígena de América, Barón sus trabajos demográficos y yo mis estudios sobre la cerámica Nazca del Museo Arqueológico (Sección Americana), de Madrid»³⁰.

Efectivamente, la joven sección contó con una revista, hecho frecuente en otros departamentos del Centro de Estudios Históricos, bautizada *Tierra Firme*, de la que sólo se publicaron siete números. Sobre sus orígenes, todavía quedan algunas dudas, pues durante el primer año, 1935, aparece bajo la dirección de Enrique Díez-Canedo, sin una adscripción determinada. Así se imprimieron cuatro números. Al año siguiente, 1936, la revista trimestral pasa a convertirse en órgano de la sección hispanoamericana, primero con la misma dirección (nº 1 del año II) y después con un consejo directivo (nº 2 del año II), en el que figuran Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Genaro Estrada, Fernando Ortiz, Alfonso Reyes y Ricardo Rojas. El redactor jefe era Ramón Iglesia, el secretario Manuel Ballesteros y como redactores: Rodolfo Barón Castro, J. Dantin, Vicente Llorente, Antonio R. Rodríguez Moñino, Angel Rosenblat y Silvio Zabala³¹. Desgraciadamente, la guerra civil dio al traste con el proyecto, apareciendo el último número (nº 3 del año II) ya en 1938, cuando algunos mandos republicanos intentaron dar una imagen de normalidad y trabajo intelectual en el Madrid sitiado. Sin embargo, para entonces el grupo ya se había disuelto³².

³⁰ Manuel BALLESTEROS GAIBROIS, «Los comienzos de un instituto y de una revista», *Revista de Indias*, Vol. XLIX, núm. 187, 1989, pp. 546-547.

³¹ Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA, «La ruptura de una tradición americanista en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*», *Arbor*, núms. 631-632, 1998, pp. 387-411.

³² Prudencio GARCÍA ISASTI, «El Centro de Estudios Históricos durante la guerra civil española (1936-1939)», *Hispania*, Vol. LVI, núm. 194, 1996, pp. 1071-1096.

5. DON AMÉRICO EN EL EXILIO: EL VIAJERO AISLADO (1936-1974)

El inicio de la guerra civil la vivió don Américo en San Sebastián. Desde esta ciudad pasaría a Francia. Como consecuencia de la incertidumbre y la rumorología de los primeros momentos, la radio dio la noticia de su fusilamiento. En Madrid quedarían su casa, sus libros, su universidad y la bisoña sección de Estudios Hispanoamericanos del Centro de Estudios Históricos. «Y vino la Guerra Civil —recuerda Ballesteros—, después de que nos habíamos despedido de Américo Castro para las vacaciones estivales»³³. De Francia viajó a Argentina, siguiendo los pasos de otros profesores, como Pedro Salinas, a quien el estallido del conflicto le sorprendió en Santander, donde dirigía los prestigiosos Cursos de Verano. En 1937 se refugió en Buenos Aires, en el Instituto de Filología, donde el miedo a represalias de las autoridades universitarias le «forzaron» a no firmar un documento de apoyo al gobierno legítimo, lo que suscitó reacciones adversas entre sus otrora compañeros que quedaron en la España republicana, sensibilizados por el «rápido» exilio y la indecisión de personajes públicos que antes habían dado muestras inquebrantables de apoyo a la República.

Cuando el pasaporte republicano quedó invalidado, Castro reclamó la nacionalidad brasileña. De Argentina se trasladó a los Estados Unidos. Hacia 1942-3 obtuvo la nacionalidad americana, con la que moriría. Su periplo norteamericano se inició en Wisconsin (1937) y Texas (1939-1940), pero sería Princenton su residencia más preciada hasta su jubilación en 1955. Posteriormente, don Américo se trasladó a Houston (Texas) como profesor extraordinario, y después a San Diego, a la sede local de la Universidad de California, en donde quedaría buena parte de su biblioteca. En 1968 regresó a España a causa de la enfermedad de su mujer, Carmen Madinaveitia, instalándose en Madrid. Carmen de Zulueta los visitó en un piso de la calle Segre, cerca del paseo de la Habana: «don Américo, que se había naturalizado americano, empezó a hablarme en inglés. Le dije que era absurdo, que Franco no nos había quitado nuestra lengua y que debíamos usarla. Lo aceptó y se lamentó del triste estado de su mujer». Castro murió en Playa de Aro (Gerona) el 25 de julio de 1974 cuando se adentraba en el Mediterráneo para darse un baño.

Dos comentarios sobre el exilio. Como es conocido, Castro mantuvo una de las polémicas más famosas del exilio español con el medievalista afincado en Buenos Aires Claudio Sánchez-Albornoz, quien, a sus cargos profesionales, añadió la presidencia de la República Española durante varios años. La tengo en cuenta, pero sería prolijo entrar en detalles, sobre todo porque no puedo aportar ninguna novedad a lo ya estudiado. También conocida es su labor de impulsor de la cultura española, convirtiendo a Princenton en uno de los vértices intelectuales de la diáspora. Sus alumnos y discípulos la han recordado en varios libros y re-

³³ BALLESTEROS [30], p. 547.

vistas. Sin embargo, la situación de don Américo fue dramática: se muestra exiliado dentro del propio exilio. En una carta al poeta Jorge Guillén, fechada el 22 de noviembre de 1953, habla del «aislamiento muy habitado en que existo». En otra misiva posterior, del 9 de diciembre de ese mismo año, vierte opiniones negativas como las siguientes: «Los refugiados españoles no existen para mí, ni yo para ellos»; «La sensación de vivir en el yermo rodeado de gentes está ahí»; y «Por muy fuerte que sea un hombre dentro de sí, por mucho que le llene su obra, existe un vacío en torno a uno, en uno». El carácter exigente y crítico le acompañó también al exilio, formando grandes hispanistas, pero aislándose de los españoles. Solo unos cuantos tuvieron acceso a su laboratorio intelectual. El 17 de septiembre de 1968 escribió a Juan Goytisolo: «Mi mucha edad, el aislamiento forzoso de discrepancia, circunstancias familiares [...] hizo imposible continuar en U.S. y no hace fácil estar aquí. La única salida es intentar escribir algo, drogarme con la propia mente»³⁴.

Pero volvamos a nuestro itinerario. Don Américo descubrió América gracias al castellano: leyendo a los grandes filólogos, como los colombianos Caro y Cuervo³⁵. Durante el resto de su vida tuvo una constante preocupación por el español del Nuevo Mundo, natural extensión de su interés por la filología y la lingüística en general. En sus visitas a América se preocupó por los temas educativos, administrativos y lingüísticos (maestro, niño y local), que ya había estudiado para el caso español, lo que le trajo no pocos sinsabores y contratiempos. Así surgieron trabajos como «La enseñanza universitaria en los Estados Unidos» (*La Nación*, 27 de julio de 1924) o «La fundación Guggenheim para Hispanoamérica» (*El Sol*, 16 de septiembre de 1929), en donde expone sus preocupaciones por la reforma universitaria en España, por conocer de primera mano las virtudes y defectos de otras políticas educativas, y por indagar en la política cultural —tanto privada como oficial— que países como Estados Unidos o Francia venían impulsando con instituciones diseñadas y financiadas *ex profeso* para la expansión cultural. Sin embargo, el tema que más le preocupó fue el lenguaje en Argentina. Américo Castro fue, como ya señalamos, fundador del Instituto de Filología (Buenos Aires) en 1923, centro que lo acogería en 1937 durante los primeros meses de su exilio.

En realidad, su interés era más antiguo, pues ya en 1918 realizó una reseña al libro de R. Monner Sans, *Notas al castellano en la Argentina*³⁶, y desde luego compartió con otros filólogos españoles y argentinos el «problema» de su lengua:

³⁴ ESCUDERO [5], p. 68.

³⁵ En fecha tan temprana como 1914 reseñó en la *Revista de Libros*, de Madrid (Vol. II, 1914, pp. 15-16), la obra de Fr. P. Fabo, *Rufino José Cuervo y la lengua castellana*.

³⁶ Publicado en *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (Buenos Aires), Vol. XVI, 1918, pp. 460-462.

la «rotura de frenos y de normas»³⁷. En 1921 se preguntó desde las páginas del periódico *La Voz Nueva* (10 de enero): «¿Por qué desean ciertos argentinos una lengua nacional?». El tema será uno de los más insistentes en la producción castrista, apareciendo regulares artículos sobre el mismo tras su visita a Argentina y Chile, bien centrados en la educación («Un programa de estudios filológicos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la Plata», *Humanidades*, La Plata, VI, 1923, pp. 9-13); bien como análisis del «problema argentino» («Sobre el dialecto argentino», *La Nación*, 20 de abril de 1924; «Cuestiones lingüísticas en América», *El Sol*, 19 de noviembre de 1927; y «Nuestra lengua en América», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, LIII, 1929, pp. 217-220). La preocupación castrista por la lengua en América tendría uno de sus resultados más brillantes en el artículo publicado en el primer tomo de *Tierra Firme*: «Cuestiones lingüísticas en América» (pp. 177-190). Castro intercaló estas reflexiones con otros trabajos sobre filología castellana, política lingüística y varios temas específicos como la Real Academia Española, el nuevo diccionario, los libros de texto, la jubilación del profesorado, etcétera.

También madrugadora fue la preocupación de don Américo por los estudios históricos, comenzando por la historia de la literatura iberoamericana. En 1926 escribió: «Sobre Martín Fierro» en *El Nacional* (27 de junio de 1926, y 11 y 18 de julio de 1926), y ya en el exilio: «En torno al *Facundo*, de Sarmiento», en *Sur* (Buenos Aires, VIII, 1938, pp. 26-34). Poco, sin duda, si lo comparamos con la ingente labor sobre la literatura peninsular que desarrolló en los años veinte y que culminará con su obra *El pensamiento de Cervantes* (1925). Habría que esperar a 1941 para que las preocupaciones históricas y lingüísticas se reunieran y ampliaran en un libro, lleno de desconsuelo y desánimo, que fue recibido con división de opiniones: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (Buenos Aires, Editorial Losada, 1941). Parcialmente leído en el Congreso de Profesores de Literatura Iberoamericana, celebrado en la Universidad de California (Los Angeles) en agosto de 1940, el libro enumera los males que aquejaban al español de Buenos Aires y a la ciudad en general, pues los problemas de la lengua son espejo de los desajustes históricos. El idioma, según Castro, presenta «rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento»³⁸, de relajamiento de la norma, de desconocimiento y abuso. En cuanto a las causas, don Américo repite las ya apuntadas por Amado Alonso: «1. Plebeyismo universal del momento; 2. Ruptura de la tradición idiomática en toda Hispano-América; 3. Tardía importancia de la Argentina como colonia; y 4. Colosal aumento de Buenos Aires merced al

³⁷ Américo CASTRO, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1941, p. 14 (Existe una «edición muy renovada» publicada por Taurus, Madrid, 1961). Como ha estudiado Juan Ramón LODARES en *Lengua y patria* (Madrid, Taurus, 2002) la defensa del español como lengua común fue defendida hasta 1940 por liberales, anarquistas y socialistas.

³⁸ CASTRO, *Ibidem*, p.10.

aluvión inmigratorio»³⁹. En su ensayo, y para arrojar luz al caso argentino, don Américo compara lo sucedido en los Estados Unidos, donde los emigrantes adoptaban con rapidez la ciudadanía y la lengua inglesa, con la reticencia de los emigrantes en Argentina a abandonar su nacionalidad y su tendencia a permanecer durante años como colonias herméticas.

Hay dos aspectos que me gustaría destacar. Uno, los fenómenos lingüísticos y la crítica literaria que Castro estudia y en gran parte censura, lo que provocará violentas reacciones. Dos, la explicación histórica a esos fenómenos, que va a retrotraer hasta la fundación de Buenos Aires y que, dado lo temprano del libro (terminó de imprimirse el 31 de julio de 1941), podemos considerar como el primer ensayo histórico de Castro tras la guerra civil española. Parte Castro del siglo XVI, del imperio español, modo especialísimo de civilización «sin igual ni antes ni después». La fundación de Buenos Aires responde a objetivos estratégicos y la ciudad («un puñado de españoles, en ranchos mal adobados que la ilusión convertía en ciudades»⁴⁰) permanecerá lánguida hasta fines del siglo XVIII, «sin papel dentro del gran teatro del Imperio español a causa de su situación excéntrica respecto de los grandes focos de hispanidad»⁴¹. La Argentina ribereña nació «como una ilusión y una necesidad»⁴². La pobreza de la colonia era tal que las personas tuvieron que cultivar la tierra y buscar el agua con sus propias manos. Lejos estuvieron de la opulencia de Lima y México, y de la autoridad y jerarquía nobiliaria de los grandes virreinos. Por el contrario, la ausencia de esos valores provocó una temprana proclividad argentina hacia la anarquía y la turbulencia, que Bartolomé Mitre y sus seguidores calificaron de «democracia rudimental», idea que don Américo rechaza.

Como ya he señalado, *La peculiaridad lingüística rioplatense* fue recibida con polémica, obligando a Castro a publicar «Unas palabras complementarias» en la revista *Nosotros* de Buenos Aires (XVI, 1942, pp. 3-10). Dentro de las críticas, la de más trascendencia —aunque quizás no la más ecuaníme— fue la de José Luis Borges, titulada: «Las alarmas del doctor Américo Castro», quien consideró que el libro estaba lleno de «supersticiones convencionales», «trivialidad continua», estilo «comercial», califica a la obra de «pintoresco dislate» y acusa a Castro de inventarse tanto el problema de la lengua argentina como sus soluciones: «Salvo el lunfardo ... no hay jergas en este país. No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobación las

³⁹ La labor filológica de Amado Alonso fue importantísima. Castro siguió sus estudios y defendió buena parte de sus ideas. Véase, por ejemplo, Amado ALONSO, *El problema de la lengua en América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935; *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, 1943; y *Estudios Lingüísticos: temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos, 1953.

⁴⁰ CASTRO, *Ibidem*, p.36.

⁴¹ *Ibidem*, p.32.

⁴² *Ibidem*, p.31.

sucesivas jerigonzas que inventan»⁴³. Borges, sin embargo, cae también en generalizaciones y en un nacionalismo resentido: «no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda.)», cuando hay suficientes trabajos contemporáneos al de Castro para demostrar las «alarmas» por el uso del castellano en el Plata. Tampoco se explican los dardos envenenados: «A la errónea y mínima erudición, el doctor Castro añade el infatigable ejercicio de la zalamería, de la prosa rimada y del terrorismo»⁴⁴.

6. LA REALIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA

Buscando las causas de la evolución lingüística, Castro se topó con la historia del Nuevo Mundo, tema que sólo esbozaré aquí y que será analizado en profundidad en próximos trabajos. En primer lugar, don Américo fue un gran admirador de Rafael Altamira. Siguió su ejemplo como impulsor de las relaciones hispanoamericanas y como restaurador del «crédito de nuestra historia». En un famoso artículo titulado: «Las polémicas sobre España», publicado originalmente en *La Nación* de Buenos Aires el 26 de febrero de 1925, Castro escribe que los españoles se preocupaban con exceso de las habladurías internacionales, y que todos los países poseían «su ración de leyenda negra». Sin embargo, el sentimiento de injusticia internacional acerca de la civilización española en general y de la colonización de América en particular es una constante a lo largo de toda su obra y, al parecer, impulsó su primera conferencia en Princeton. Esta «injusticia histórica» palpita también en las páginas de su libro *Iberoamérica* y en otros artículos en donde analiza el pasado y el presente de América.

Con relación a su «americanismo», la obra castrista más voluminosa es la citada *Iberoamérica*, la cual tuvo correcciones y modificaciones en sus tres ediciones, al igual que otros libros de don Américo. La primera edición es de 1941 y

⁴³ José Luis BORGES, «Las alarmas del doctor Américo Castro», *Otras inquisiciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 (1ª edición de 1952), pp. 47-55: 50.

⁴⁴ Idem, p. 53. Sobre la sombra de Borges en los nuevos escritores latinoamericanos, existe una anécdota del mexicano Sergio Pitól, quien junto a otros alumnos (como Carlos Fuentes y Víctor Flores Olea) se reunían en el Café Viena, del Paseo de la Reforma (Ciudad de México), bajo la dirección de don Manuel Pedroso. Se hablaba de literatura, de libros, de autores, y en algunas ocasiones eran invitadas personalidades: «un día lleva a Américo Castro que está de paso en México, y nos habla de Cervantes y de Tirso de Molina, y declara que está en total desacuerdo con las tesis que había expuesto sobre Tirso en su prólogo juvenil a las comedias incluidas en los Clásicos Castellanos de Espasa, que sus ideas sobre el Siglo de Oro habían cambiado radicalmente, y no sólo sobre el Siglo de Oro, sino sobre la entera formación cultural de España. Fue el visitante más importante que tuvo nuestra tertulia y, ante el enojo de Pedroso, lo oíamos más bien con sorna y con desatención debido a la ridiculización a la que Borges lo había sometido en *Otras inquisiciones*. Sergio PITÓL, *El arte de la fuga*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 54.

lleva por título: *Iberoamérica. Su presente y su pasado* (New York, The Dryden Press). Cinco años más tarde salió al mercado una «revised edition» (abril de 1946) con un prefacio de Castro en el que enumera las novedades técnicas (se incluyen mapas y un cuadernillo fotográfico) y anuncia que se disponen las materias de diferente forma y se incorporan nuevas reflexiones. Don Américo, que agradece las sugerencias de los estudiantes y profesores, señala que: «The central purpose of the present volume is to give American students a true conception and a real understanding of Iberoamericans, of their backgrounds, of their ways of living, and of their achievements and handicaps, which are the natural result of their «manera de ser»⁴⁵. La misma editorial, The Dryden Press, reeditaría el libro en 1954 con un nuevo título: *Iberoamérica. Su historia y su cultura*, del cual conozco una primera impresión en abril de 1954 y una segunda en junio de 1956. Esta última consta de un texto de 258 páginas, acompañado de un vocabulario como apéndice. Varios mapas y fotografías, con elaborados pies de página, se intercalan en el libro. Castro fue asesorado por Raymond S. Willis⁴⁶ en la nueva redacción de la obra, cuya tercera revisión se justifica por incluir: «an account and an adequate description of the changes that the Ibero-American republics have undergone between the close of the Second World War and the present»⁴⁷.

El principal objetivo del libro es una «descripción y valoración» de la historia y la cultura de las naciones iberoamericanas, título que prefiere a Latinoamérica porque este nombre es inexacto e inoportuno, «como lo sería el de América Germánica aplicado a los Estados Unidos, fundándose en que el inglés es una lengua germánica»⁴⁸. Al tratarse de un libro utilizado por los alumnos que aprendían castellano, el lenguaje es claro y la sucesión de descripciones de naciones, regiones, periodos históricos, obras literarias, etcétera, apenas dejan espacio para tratar cuestiones históricas en profundidad. No obstante, Castro intercala comentarios interesantes sobre la «manera de ser» de los iberoamericanos, que son en gran parte «un resultado del entrelace de la manera de ser de los pueblos de la Península Ibérica con la manera de ser de los indios que poblaban la tierra americana»⁴⁹. La necesidad de cubrir todo el pasado histórico y la heterogeneidad espacial y humana del continente obligan a don Américo a tratar y reflexionar sobre numerosas cuestiones que antes no habían aparecido en sus escritos (ni después).

⁴⁵ Américo CASTRO, *Ibero América. Su historia y su cultura*, Third (revised) edition, with the editorial assistance of Raymond S. Willis, New York, The Dryden Press, 1954, p. vi.

⁴⁶ Américo Castro señala en el prefacio de la «third (revised) edition», firmada en Princeton el 6 de febrero de 1954, que: «His experience in the practical problems of teaching, his familiarity with the way of life in the Hispano-Portuguese nations, and his skill as an editor have been called upon freely by the author. Professor Willis' suggestions have contributed much to the author's efforts to make each successive edition of this work better fulfil the requirements of education in the field of Ibero-American studies» (*Ibidem*, p. viii)

⁴⁷ *Ibidem*, p. vii.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 2.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 5.

El libro está dividido en nueve capítulos, que siguen un esquema tradicional: «I. El tema de este libro (Reflejos del carácter hispánico en Iberoamérica. Peculiaridades iberoamericanas. Unidad esencial del mundo iberoamericano. Presencia de lo norteamericano en Iberoamérica); II. Iberoamérica y las civilizaciones indígenas; III. La conquista de Hispanoamérica; IV. El Brasil; V. El régimen colonial en Hispanoamérica; VI. La fragmentación del imperio español; VII. Las naciones hispanoamericanas; VIII. Cultura Hispanoamericana. IX. Conclusión». En todos los capítulos aparecen los temas lingüísticos, literarios y educativos ya tradicionales en la reflexión castrista, pero acompañados de comentarios sobre temas inéditos, como las culturas precolombinas, los regímenes populistas, las relaciones regionales, etcétera. El catálogo de cuestiones es enorme y, como cabía esperar, las ausencias y superficialidad en algunos temas también. La obra muestra los límites de las preocupaciones y de los conocimientos de don Américo. Apenas profundiza en los procesos económicos y sociales, y muestra un doble acercamiento al mundo indígena: de admiración por las «grandes culturas precolombinas» (en particular resalta la maya), pero lleno de imágenes estereotipadas sobre los contemporáneos⁵⁰. La nómina de carencias y generalidades es dilatada, pero el texto está salpicado de agudos comentarios y perspicaces reflexiones que muestran el ingenio de un gran observador y los descubrimientos de un exiliado en proceso de elaboración de su tesis sobre la España de las tres culturas.

Una de las principales preocupaciones del texto es presentar a los norteamericanos la «manera de ser» de sus vecinos del sur, pues —siguiendo con la tradición salvadora de la educación postulada por los institucionalistas—, don Américo advierte que: «Conocer y no olvidar semejantes peculiaridades es el camino más corto para entender y estimar a nuestros vecinos»⁵¹. Castro, en ocasiones, otea a los países del sur desde la óptica del norteamericano medio, incluyendo noticias y descripciones más propias de las guías de viajes que de los libros académicos. Este carácter «turístico» se acentúa con las imágenes que se incluyen: bucólicos paisajes y escenas costumbristas⁵². Si en los capítulos sobre literatura desfilan los

⁵⁰ En la página 34, por ejemplo, escribe: «Fuera de esto, nada hay digno de mención en cuanto a los demás indios de la América del Sur, importantes para la etnografía y la arqueología, mas no para la cultura de los países iberoamericanos en la época actual». En la edición de 1946, un pie de foto sentencia: «En primer término, unas plantas de maguey, con cuyo zumo se prepara el pulque, una bebida alcohólica sin la cual no sabe vivir el indio». En la revisión de 1954, tanto la foto como el comentario desaparecen. No todos los exiliados se acercaron al mundo indígena con la sensibilidad y la admiración del impresionante Luis Cernuda: «Cayeron los amos antiguos. Vencidos a su vez fueron los conquistadores. Se abatieron y se olvidaron las revoluciones. Él sigue siendo el que era; idéntico a sí mismo, deja cerrarse, sobre la agitación superficial del mundo, la haz igual del tiempo». Luis CERNUDA, *Oenos. Variaciones sobre tema mexicano*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, Diputación de Sevilla y El Monte, 2002, p. 257.

⁵¹ CASTRO [45], p. 4.

⁵² Según don Américo: «La tranquilidad política ha hecho posible el turismo norteamericano, y el turismo constituye una de las mayores fuentes de riqueza hoy día. Conviene saber, sin embar-

principales cronistas y escritores del siglo XIX y XX, que demuestran las preferencias de Castro a la hora de fijar el canón literario iberoamericano, en los apartados que tratan de las distintas repúblicas iberoamericanas se utilizan, encolados, datos y cifras extraídas de las enciclopedias americanas y de unos cuantos libros generales, que apenas permiten profundizar en los paisajes geográficos y en los avatares políticos. Estos datos los engarza con reflexiones e impresiones personales de viajes (sobretudo de México y Argentina), y aquí es donde surge la agudeza del maestro y su experiencia vital.

No olvida a su patria (Brasil), a la que dedica un capítulo, destacando la figura del emperador Pedro II, que reinó hasta el 16 de noviembre de 1889 (recordemos que don Américo nació en 1885): «Justo es decir que nadie en el Brasil deja de venerar la memoria de su último emperador, un hombre humano, patriota, ingenuo y de una extremada caballerosidad. A él debe el Brasil su estructura como nación»⁵³. ¿También le debía algo el niño Américo? Castro ensalza la figura de este monarca con una generosidad poco frecuente. No hay más datos, salvo que estaba muy atento a las realidades políticas y a las novedades literarias de su país natal. En general, don Américo no mostró benevolencia con los países iberoamericanos, a los que censura por la falta de democracia y su tendencia al desorden. Por el contrario, se muestra muy indulgente con la conquista, a la que califica de «extraña mezcla de grandeza, virtud y crueldad». Según Castro: «Lo único que atenúa semejantes daños es la certeza de que la población indígena de Hispanoamérica lo habría pasado aun mucho peor si algún otro pueblo europeo hubiese conquistado Méjico y el Perú en el siglo XVI; y nadie se ocuparía hoy del asunto»⁵⁴.

Su capacidad ensayística, su ironía y la alta calidad de su prosa alejan a este libro de los manuales generales al uso, aunque la disposición general y buena parte del texto sean poco originales y se abuse de las generalizaciones. La comparación con otros manuales contemporáneos, por supuesto con los propagandísticos del régimen franquista de los años cuarenta y cincuenta, revela la agudeza, erudición y novedades del pensamiento castrista sobre la idea de América⁵⁵. Una vez que se reconocen sus reglas simplificadoras, la obra ofrece un panorama organizado, cosa nada despreciable, donde se asoman destellos de gran brillantez, particularmente

go, que los norteamericanos generalmente no gozan de grandes simpatías entre el pueblo, aunque el aspecto exterior de la vida dé una impresión contraria». CASTRO [44], p. 189.

⁵³ CASTRO [45], p. 89.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 9.

⁵⁵ «La relación de tipo íntimo entre Iberoamérica y España nada tiene que ver con el sueño imperialista del fascismo español, sostenido por Alemania a fin de dañar a los Estados Unidos. El ideal, por el contrario, sería que una Iberoamérica muy fuerte produjera frutos cada vez más valiosos y muy distintos de los de España y Portugal, aunque todos brotaran del mismo y remoto origen. El ocasional imperialismo de ciertos españoles carece de sentido; pero es igualmente inaceptable el que ciertos «latinoamericanistas» en los Estados Unidos pretendan ignorar la unidad íntima e histórica entre Iberoamérica y la Península Ibérica». CASTRO [45], p. 24.

cuando Castro remonta vuelo y reflexiona sobre la decadencia de Iberoamérica y su nuevo papel en el orden mundial tras la segunda guerra mundial.

Otros trabajos americanistas de menor extensión, pero muy importantes por sus contenidos, fueron «Fray Bartolomé de las Casas o Casaus», publicado en los *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh* (Paris, Institut d'Etudes Hispaniques, 1965), y «Sobre lo precario de las relaciones entre España y las Indias», prólogo a la obra de Javier Malagón: *Estudios de Historia y Derecho* (Veracruz, Biblioteca de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 1966). En cuanto al primer trabajo, Castro sugiere la posible condición «conversa» del famoso obispo de Chiapas, que Juan Gil ha documentado en su magistral *Los conversos y la inquisición sevillana*⁵⁶. Sobre Bartolomé de las Casas (1484-1566) había hablado en numerosas ocasiones, pero nunca de una forma tan amplia. Sin caer en los aspectos más polémicos del personaje, destaca su poderosa figura para: «desde ella observar a los españoles de su tiempo como españoles, antes que como frailes, cortesanos, encomenderos o lo que fueran»⁵⁷. Según Castro, el vanidoso Las Casas: «tuvo la genial ocurrencia de construir un monumental problema indiano, basado *en su persona*, y lanzarlo desde las Indias contra la mente y el sentir de los españoles»⁵⁸. Cita a otros conversos como Oviedo, Santa Teresa, Laguna, etcétera, y asegura que no se entenderá al dominico: «mientras no se reduzca la inmensa balumba de su fulminación contra el cristianismo *de todos los españoles* (a los cuales hay que echar de las Indias para salvar el cristianismo). El *estar* y no *estar* de Las Casas dificultó el contacto de los españoles con sus Indias»⁵⁹.

En cuanto al segundo de los trabajos, el prólogo a Javier Malagón, Castro reflexiona sobre algunas de las afirmaciones del célebre jurista exiliado, como las pocas referencias al descubrimiento de América entre los historiadores de Toledo, asegurando que: «el hecho de no interesarse los toledanos de Toledo por lo llevado a cabo por los toledanos en las Indias contribuirá —espero— a plantear a otra luz el problema de las relaciones entre los españoles de España y los de las Indias, lo cual llevaría a canalizar los aluviones de 'hechos' a que solemos reducir, muy a menudo, la historia del Imperio español —de sus grandezas y de sus desdichas»⁶⁰.

⁵⁶ Juan GIL, *Los conversos y la inquisición sevillana*, Sevilla, El Monte, 2001, Vol. III, pp. 120-124.

⁵⁷ Américo CASTRO, «Fray Bartolomé de las Casas o Casaus», Américo CASTRO, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, pp. 190-227: 190. Entre las reacciones contrarias que provocó, véase Manuel María MARTÍNEZ: «'Fray Bartolomé de las Casas o Casaus', por Américo Castro», *Revista de Indias*, Vol. XXVII, núms. 109-110, 1967, pp. 445-453.

⁵⁸ CASTRO [57], p. 204.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 212. Según el profesor Gil «No es un capricho que los primeros defensores de los indios —Casas y Vitoria— fueran cristianos nuevos, y dominicos por más señas: los conversos estaban más capacitados que los cristianos lindos para sentir como propias las agonías del oprimido, del desarraigado, del despojado de sus derechos, ritos y tradiciones milenarias». GIL [56], p. 123.

⁶⁰ Américo CASTRO, «Sobre lo precario de las relaciones entre España y las Indias», CASTRO [57], pp. 228-244: 239.

Para Castro, España y su imperio vivieron simultáneamente en armonía y en desacuerdo, y extendió a América sus célebres tesis sobre el vivir desviviéndose: «Las Indias son indisolubles de la contextura de la forma de existir los españoles, de la ‘vividura’ o vivencia de su morada vital, conceptos que no son ‘poéticos’, sino estrictamente reales»⁶¹.

7. ENTRE EL NORTE Y EL SUR

Castro creyó en una bipolaridad del continente (presidido por un lado por las lenguas ibéricas: español y portugués, y, de otro, por el inglés) que estaban condenados a conocerse y a entenderse. «Además de hablar de otro modo, los iberoamericanos, en su inmensa mayoría, viven a su manera, y no piensan ni sienten como los norteamericanos acerca de este mundo y el otro. Conocer y no olvidar semejantes peculiaridades es el camino más corto para entender y estimar a nuestros vecinos»⁶². Cada una de esas partes habían tenido una evolución histórica diferenciada que explicaba sus caracteres y valores, sólidamente asentados, y se contraponían en muchos casos (forma de poblamiento, relación con la naturaleza y con los pueblos aborígenes, inclinaciones, hábitos...). Castro insiste en estas diferencias para lograr el conocimiento y el mutuo respeto, si bien, en muchos casos, son los Estados Unidos los que ostentan la modernidad y el progreso, recomendando, en consecuencia, su imitación⁶³.

El interés por las relaciones entre ambas Américas se incrementó tras el exilio. El 3 de abril de 1940 publicó en la *Revista Iberoamericana* un artículo titulado: «Sobre la relación de ambas Américas» (3 de abril de 1940), donde pidió un esfuerzo a los norteamericanos «para intimar con la otra América». Para Castro: «el norteamericano tendría que conceder más aprecio al arte de la expresión, si es que no desea seguir al margen de la mejor Ibero América; y que por su parte el iberoamericano debería prescindir algún tanto de lo que estime soso y escasamente espectacular, para lograr más provecho de la inmensidad de saberes y técnicas desinteresadas que en este país se cultivan»⁶⁴. También trata esta cuestión en su decisiva *España en su Historia* (1948), donde señala que:

«No se reconocerá espontáneamente, por ejemplo, que la ciudad de México y algunas otras de Hispano-América eran las más bellas del continente en cuanto a

⁶¹ *Ibidem*, p. 238.

⁶² CASTRO [45], p. 4.

⁶³ Las relaciones entre la América anglosajona y la iberoamericana preocupó a Castro desde su primera visita al continente. En 1930 escribió en *La Nación* de Argentina un artículo titulado «A la juventud argentina: Por qué son más fuertes los estadounidenses» (16 de febrero de 1930), en donde enumera las claves del progreso de la nación del Norte.

⁶⁴ Américo CASTRO, *De la España que aún no conocía*, México, Finisterre, 1972, Vol. 3, pp. 41-52: 47.

su prodigiosa arquitectura, pues esto obligaría a admitir que la dominación española no fue una mera explotación colonial. La deleitosa sorpresa del barón de Humboldt hacia 1800 no ha pasado a los libros o a las conversaciones de los contemporáneos; lo impide la conciencia de superioridad de los angloamericanos, y el resentimiento de la mayoría de los hispanoamericanos, que hallan en el pasado colonial una fácil excusa para su presente debilidad política y económica. Lo impide, además, la inconsciencia en que España vivió respecto de sí misma y de su pasado durante el siglo XIX, inconsciencia que no se compensa hoy con gestos de interesada política. En cambio, las misiones, templos o edificios de gobierno en Luisiana, Texas, Nuevo México o California —leves migajas de aquel poderío artístico—, se conservan por los norteamericanos con un cuidado y ternura superiores a los de España y México respecto de sus incalculables tesoros»⁶⁵.

Estas llamadas al entendimiento continental disminuyeron en los años siguientes. El pesimismo que se encuentra en el artículo «¿Es posible una unión latina?», publicado en la revista argentina *Insula* en 1945, se convierte en abierta censura en su correspondencia privada. En 1970 escribió a Juan Goytisolo: «Los U.S. se están putrefactando a paso rápido»⁶⁶. Siempre atento a las grandes cuestiones de la época, confesó al autor de *Don Julián* que sobre la «imbecilidad» de la guerra del Vietnam no escribiría nada: «es como ladrar a la luna»⁶⁷.

Los últimos años de don Américo fueron muy dolorosos y tristes, aunque siempre estuvo rodeado de alumnos y admiradores. Nunca regresó a Medinaceli 4, cuyo Centro de Estudios Históricos se había dividido en múltiples departamentos, titulándose «Gonzalo Fernández de Oviedo» el de Historia de América. Ni su condición de fundador, ni sus obras fueron recogidas y divulgadas (nunca se publicó un libro suyo en el instituto o artículo en la *Revista de Indias*), a pesar de sus aciertos e innovaciones. Ha llegado la hora de recobrar y reconocer a un señor que llegó de Brasil y que trajo consigo la inquietud por conocer América y por cimentar los lazos, pues «España fue el único país en donde surgió un antagonismo entre las tierras nuevamente conquistadas y la metrópoli ya en el mismo momento de la conquista ... No nos sorprendamos, pues, si España e Hispanoamérica siguen hoy todavía viviendo en lucha consigo mismas, en una u otra forma»⁶⁸.

Americo Castro (Cantagalo, Brasil, 1885-Playa de Aro, Gerona, 1974), who authored one of the most important interpretations of the History of Spain, was also founder of the Hispanic Americanist section in the Center of Historical Studies. He sponsored Tierra Firme, the review that pro-

⁶⁵ Américo CASTRO, *España en su Historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 21. (1ª edición de 1948).

⁶⁶ ESCUDERO [5], p. 104.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 116.

⁶⁸ CASTRO [45], pp. 12-13.

ceded Revista de Indias between 1935 and 1938. This article examines the americanist aspects of Castro's work. The analysis includes the main episodes of his political life, his travels through America and the years of his exile in several northamerican.

KEY WORDS: *Américo Castro, americanism, historiography, biography, exile, hispanism, Center of Historical Studies.*

Fecha de recepción: 22 de Enero de 2002.

Fecha de aceptación: 20 de Julio de 2002.